



L'inconscio

Rivista Italiana di Filosofia e Psicoanalisi

sogno e trauma

come materiale storiografico

ISSN 2499-8729

Roberto R. Aramayo
Sergio Benvenuto
Livio Boni
Pio Colonnello
Angela Coppola
Claudio D'Aurizio
Juan de Dios Bares Partal
Faustino Oncina Covas
Giuseppe Maccauro
Linda Maeding
Ana Meléndez
Stefano Oliva
Rafael Pérez Baquero
Aldo Pisano
Pedro Ruiz Torres
Arianna Salatino
Vicente Serrano
Viviana Vozzo



UNIVERSITÀ
DELLA CALABRIA

L'inconscio. Rivista Italiana di Filosofia e Psicoanalisi
N. 8 - Sogno e Trauma come materiale storiografico
Giugno 2019

Rivista pubblicata dal
"Centro di Ricerca Filosofia e Psicoanalisi"
dell'Università della Calabria
Ponte Pietro Bucci, cubo 28B, II piano -
87036 Arcavacata di Rende (Cosenza)

Registrazione in corso presso il
Tribunale di Monza N. 518 del 04-02-2000

ISSN 2499-8729

L'inconscio.

Rivista Italiana di Filosofia e Psicoanalisi

N. 8 - Sogno e Trauma come materiale storiografico
Dicembre 2019

Direttore

Fabrizio Palombi

Comitato Scientifico

Felice Cimatti (Presidente)

Charles Alunni, Sidi Askofaré, Pietro Bria, Antonio Di Ciaccia, Alessandra Ginzburg, Burt Hopkins, Alberto Luchetti, Rosa Maria Salvatore, Maria Teresa Maiocchi, Bruno Moroncini, Francesco Napolitano, Mimmo Pesare, Rocco Ronchi, Francesco Saverio Trincia, Nicla Vassallo, Olga Vishnyakova

Caporedattore

Deborah De Rosa

Segretario di Redazione

Claudio D'Aurizio

Redazione

Lucilla Albano, Filippo Corigliano, Raffaele De Luca Picione, Maria Serena Felici, Giusy Gallo, Giulia Guadagni, Micaela Latini, Stefano Oliva, Roberto Revello, Ivan Rotella, Arianna Salatino, Emiliano Sfara

*I contributi presenti nella rivista sono stati sottoposti
a double blind peer review*

Indice

Editoriale

L'inconscio: il doppio ruolo di una rivista
Fabrizio Palombi p. 8

Sogno e Trauma come materiale storiografico

Sueño y trauma: dos conceptos desafiantes para la historia conceptual
Faustino Oncina Covés p. 15

I retaggi filosofici di traumi e fantasticherie in Rousseau, Kant e Schopenhauer
Roberto R. Aramayo p. 41

Ensueño y existencia en Ludwig Binswanger
Pio Colonnello p. 67

Los tres tratados aristotélicos sobre el sueño
Juan de Dios Bares Partal p. 76

Il rito della guerra: trauma, nevrosi e memoria del primitivo
Giuseppe Maccauro p. 103

Sueño y terror. La vida onírica bajo el totalitarismo según Charlotte Beradt
Linda Maeding p. 124

Trauma, un concepto histórico fundamental del siglo XX
Ana Meléndez p. 147

La historia y la memoria desde las secuelas del trauma
Rafael Pérez Baquero p. 176

Trauma y posmemoria en el análisis histórico

Pedro Ruiz Torres p. 206

Il mito dell'inconscio e il trauma moderno

Vicente Serrano p. 234

Inconsci

Das Unheimliche, un secolo dopo

Sergio Benvenuto p. 255

Poétiques du genre chez Rabindranath Tagore. Genre romanesque, réinvention du féminin et subjectivité post-coloniale

Livio Boni p. 279

La ripetizione in Jacques Lacan. Dal ritorno significante al ritorno di godimento

Angela Coppola p. 303

Eternal sunshine of the (un)spotless mind. Memoria e processo di individuazione: una prospettiva etica

Aldo Pisano p. 326

Atelier

Dalla merce al brand. Nuovi feticismi

Arianna Salatino p. 348

Note critiche

Strutturalismo ed epistemologia nel Seminario XVI. Da un Altro all'altro di Jacques Lacan

Claudio D'Aurizio p. 367

Curare gli umani: a partire dal Neurone bugiardo di Walter Procaccio

| | |
|---|--------|
| Stefano Oliva | p. 379 |
| <i>“La donna” e il “desiderio a vuoto”. Una riflessione sul concetto di chiaroscuro</i> | |
| Viviana Vozzo | p. 386 |
| Notizie biobibliografiche sugli autori | p. 392 |

Trauma, un concepto histórico fundamental del siglo xx

Ana Meléndez¹

1. El concepto de concepto histórico fundamental en Reinhart Koselleck

Reinhart Koselleck, considerado uno de los historiadores más influyentes del siglo XX, es fundamentalmente conocido por ser coeditor, junto con Werner Conze y Otto Brunner, del consagrado diccionario *Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania* [*Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*], así como por ser el autor de parte de las voces que lo integran. Publicado entre 1972 y 1997 por Klett-Cotta Verlag en nueve volúmenes, el léxico consta de contribuciones monográficas que describen la historia de más de ciento veinte conceptos en los que se registra la disolución del mundo antiguo y el surgimiento del moderno, como consecuencia de la revolución política e industrial que abarca desde mediados de 1700 hasta 1850. Sin embargo, como veremos en este primer punto, a Koselleck también cabe atribuirle la autoría de una compleja teoría de la historia y del concepto que, más allá de la mera propedéutica para la práctica historiográfica, constituye una suerte de metahistoria cuyo propósito no es tanto la reconstrucción de lo que aconteció,

¹Este trabajo se ha realizado gracias a una beca de investigación de Formación al Profesorado Universitario (FPU2014) en el marco del proyecto de investigación «Historia conceptual y crítica de la modernidad» (FFI2017-82195-P) del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades del Gobierno de España.

como la tematización de la estructura temporal de posibles historias.

Uno de los motivos que llevaron a la realización del Léxico fue la refutación del proceder metodológico de la *Geistesgeschichte* preconizada por la escuela de Dilthey, así como de la *Ideengeschichte*, inspirada en la llamada *History of Ideas*, particularmente en su acepción política. La intención de esta última, como es sabido, es rastrear en el análisis histórico la subsistencia de ciertos núcleos de sentido — ideas — a través de determinados criterios de selección, lo que a la postre presupondría la posibilidad de hacer una historia del desarrollo de las ideas políticas fundamentales persistentes a todo cambio histórico. Frente a este continuismo ideal, la historia conceptual comienza por decretar que las ideas, o mejor, los conceptos que intentan aprehenderlas, no son entes abstractos y atemporales susceptibles de traspasar las épocas, sino que, aunque se valgan de la continuidad material de las palabras, adquieren su significación en la historia, por lo que no pueden ser tratados como unidades de significado con vida autónoma susceptibles de ser recuperados en diversos contextos y épocas. De ahí que la tarea principal del diccionario, cuyo proyecto arrancó en los seminarios celebrados en la Universidad de Heidelberg por el grupo de investigación de Historia Social Moderna, fuera abordar el cambio radical que supuso la denominada *Sattelzeit* (1750-1850).²

²Aunque es un término de difícil traducción, constituye una metáfora dotada de una inmensa plasticidad. En alemán *Sattel* es la silla de montar a caballo. Como esta, colocada a horcajadas sobre los dos lomos del animal, la *Sattelzeit* es una época encabalgada en dos fechas, 1750 y 1850. Además de la acepción hipológica, *Sattel* tiene también un sentido geológico, referido al pliegue anticlinal de la corteza terrestre. En forma de uve invertida, supone un lento ascenso seguido de una bajada precipitada similar a la aceleración característica de la vida moderna, en la que el legado de las enseñanzas consagradas fue perdiendo importancia en la vida social al mismo ritmo vertiginoso en que aumentaba el anhelo por lo nuevo.

Escindida ya de la historia social alemana, la historia conceptual de cuño koselleckiano se sustenta en el supuesto de que, si bien todo concepto posee una dimensión pragmática referida al uso particular del mismo en un caso concreto, a su vez cuenta con una dimensión semántica constituida por los significados consolidados en su interior. A diferencia de la pragmática, que únicamente contiene significados sincrónicos peculiares, en la semántica del concepto hay inscritas experiencias sociohistóricas ancestrales que potencian la fuerza expresiva del concepto tanto como lo limitan (Koselleck, 2012, p. 46). Al referirse así a la doble dimensión sincrónica y diacrónica de un concepto, la historia conceptual revela la existencia de diversas significaciones contenidas en una especie de capas estratigráficas que, si bien proceden de tiempos diversos, pueden ser reactivadas en cada uso efectivo del lenguaje. De manera que en el interior de los conceptos, afirma Koselleck, se daría algo así como una contemporaneidad de lo no contemporáneo [*Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen*]³ en la que el pasado se conservafuera de su tiempo, siempre dispuesto a actualizarse en el presente como si formasen parte de él. La exploración del cambio de significado que los conceptos adquieren en la historia constituye, entonces, una forma de concebir y comprender los fenómenos del pasado. En este sentido, se puede afirmar que el concepto es un objeto histórico. Ahora bien, ¿significa esto que todo concepto es, por el mero hecho de serlo, un concepto histórico?

³ Fue el filósofo y teólogo marxista alemán Ernst Bloch quien empleó por primera vez la expresión «Ungleichzeitigkeit» en su libro *Legado de este tiempo (Erbschaft dieser Zeit)* de 1935. Sin utilizar la noción completa de «Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen», pero de una manera similar a Koselleck, Bloch se refirió a la metáfora temporal de *Schichten* (capas) para ilustrar lo que concibió como una característica básica de la modernidad: que las estructuras sociales y culturales del presente continúan floreciendo en el presente junto con las existentes y las portadoras de futuro (Olsen, 2012, pp. 151-152).

Asumiendo el postulado de la hermenéutica filosófica gadameriana en relación al carácter histórico y cultural del lenguaje, Koselleck establece como una de las pautas metodológicas de la *Begriffsgeschichte* la distinción insalvable entre las palabras y los conceptos. Si bien se llega a los conceptos desde las palabras que los contienen, no todas las palabras son conceptos.

Una palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte globalmente de esa única palabra (Koselleck, 2009, p. 95).

Es decir, una palabra se instituye en concepto cuando es capaz de integrar la diversidad de la realidad histórica a la que pertenece posibilitando a la par su sentido y comprensión. Por ello, mientras que los significados de las palabras pueden determinarse exactamente mediante definiciones, los conceptos constituyen realidades estructuralmente plurívocas que solo pueden aspirar a ser interpretadas. Ya que, como afirmara Nietzsche en una máxima que Koselleck no cesa de repetir, «sólo lo que no tiene historia es definible».

Además de estos dos rasgos esenciales que, desde la historia conceptual, caracterizarían a todos los conceptos [*Begriffe*], a saber, que son polívocos e interpretables, hay un tipo especial cuya orientación a un objetivo y la información que poseen es tal que se hacen imprescindibles en el uso lingüístico común. Koselleck los denomina «conceptos fundamentales» [*Grundbegriffe*] y son aquellos de los que no se puede prescindir para interpretar la vida social y política. Debido a su irremplazabilidad a la hora de comprender la realidad en la que uno vive, suelen desencadenar polémicas por su correcta interpretación. Podemos decir, entonces, que los conceptos fundamentales son expresiones cuya importancia desata una pretensión de exclusividad antipluralista. Así, una historia conceptual normal se convierte en una historia de conceptos

fundamentales una vez que se han dado dos condiciones: «Ser insustituible y, por tanto, polémico es lo que diferencia a los conceptos fundamentales de gran complejidad del resto de conceptos» (Koselleck, 2012, p. 46). Pero no solo son entidades inalterables y disputables. Además, los conceptos fundamentales poseen una estructura temporal interna capaz de aglutinar suficientemente las nuevas experiencias y de plasmarlas en un concepto común junto con las expectativas por cumplir. Al desentrañar las variaciones en el «espacio de experiencia» y el «horizonte de expectativa» que la estratificación temporal del concepto fundamental alberga, el historiador de los conceptos puede así dar cuenta del movimiento histórico mismo. Por tanto, respondiendo a la pregunta que nos hacíamos, no todo concepto es histórico, sino solo aquel que, en el examen de su desarrollo y evolución semántica posibilita elucidar, de manera muy específica, la experiencia social de la temporalidad histórica en la que el concepto adquiere el rango de fundamental (Koselleck, 2012, p. 37).

Toda esta teoría del concepto, no obstante, puede resultar algo vacío sin su correspondiente investigación material llevada a cabo en el célebre macrodiccionario donde Koselleck examina cómo, tras el derrocamiento del viejo orden feudal, determinados *topoi* clásicos — historia, progreso, revolución, etc. — absorbieron potenciales semánticos hasta entonces desconocidos y contribuyeron a la instauración del nuevo orden. El objetivo es poner de manifiesto que el proceso de transformación social iniciado a propósito de la Ilustración supuso la irrupción de un tiempo nuevo [*Neuzeit*] que afectó plenamente al vocabulario socio-político: los conceptos modernos fundamentales se cargaron de ideología [*Ideologisierbarkeit*], se volvieron susceptibles de ser usados como consignas de posiciones políticas y sociales a modo de eslóganes en clave de legitimación histórica [*Politisierung*]; además, se democratizaron [*Demokratisierung*] y se temporalizaron [*Verzeitlichung*], esto es, comenzaron a

extender sus significaciones a la totalidad de la ciudadanía y adquirieron un enfoque de futuro guiado por las expectativas de cambio y mejora. Estos cuatro criterios remiten unos a otros y solo pueden comprenderse plenamente atendiendo también a los significados previos de las palabras investigadas (Koselleck, 2009, pp. 86-88).

Un caso significativo es el de «revolución», un concepto de procedencia astronómica que antes del siglo XVIII aludía al movimiento circular de los astros. En tanto que concepto premoderno, no obstante, ofrecía una fórmula paradigmática para referirse al posible retorno de sucesos acontecidos en el terreno de la auto-organización humana. En su acepción metafórica el término se vinculaba con disturbios violentos, sublevaciones o incluso guerras civiles que, si bien llevaban a provocar un cambio de la constitución política, nunca sobrepasaban el ámbito de lo humanamente posible (Koselleck, 2012, p. 33), es decir, este ocurría dentro de un tiempo histórico secuencial encerrado en sí mismo. Para ilustrar esta tesis, Koselleck se sirve de la *Política* de Aristóteles, donde el estagirita analiza las tres formas posibles de gobierno que, en continua alternancia dentro de un circuito finito de posibilidades determinadas por la naturaleza humana, existían en la Antigüedad: monarquía, aristocracia y democracia. Cuando estos gobiernos, en una de sus formas puras, se pervertían, degeneran respectivamente en tiranía, oligarquía y oclocracia. Tan pronto como la monarquía declinaba en tiranía, era sustituida por la aristocracia que, al desembocar ella misma en una oligarquía, había de ser reemplazada por la democracia, siguiendo así un movimiento circular orientado al cambio de uno de los modos de gobierno dentro del cual los hombres vivían cautivos (Aristóteles, 1279 ab).

Concebido en términos de repetición, el concepto de revolución empezó a aplicarse al ámbito sociopolítico en forma de metáfora. Sin embargo, con la irrupción de la modernidad, «revolución» se reinterpretó utópicamente y empezó a hacer referencia a un único proceso de emancipación social que ya

no venía a restaurar un estado de justicia anterior circunscrito en los datos previos de la experiencia histórica, sino que conducía a un futuro desconocido y superior de auto organización. A partir, sobre todo, de la Revolución Francesa, «revolución» trasciende el estrecho sentido político de rebelión para indicar una transformación estructural a largo plazo que abarca la sociedad por entero y se convierte en sujeto de la historia. En su forma de singular colectivo, la revolución adquirió entonces el carácter de necesidad histórica y se convirtió en un título legitimador de transformaciones que no habían tenido antes lugar en el ámbito de la experiencia (Koselleck, 2012, p. 164).

Koselleck aprovecha este análisis conceptual para enunciar la tesis de que, en realidad, no hay conceptos históricos genuinos, sino que normalmente estos surgen de numerosos préstamos procedentes de distintos ámbitos de experiencia empleados inicialmente como metáforas para describir fenómenos históricos (Koselleck, 2012, p. 170). El proyecto de Koselleck, como recuerda Palti, no se reduce a reconstruir los cambios semánticos en los conceptos. Para él, estos resultan relevantes solo en tanto «que sirven de índice de alteraciones más profundas en los horizontes de sentido» (Palti, 2011, p. 234). Aquello que explica el cambio semántico en las formaciones intelectuales en las que se desenvuelven los conceptos y le confieren temporalidad — cuyas estructuras formales son precisamente aquellas que la historia conceptual pretende descubrir — remite, sin embargo, a un sustrato no conceptual que se hace visible en las metáforas. En consecuencia, estas son para Koselleck un vehículo adecuado para dar expresión a ese nivel simbólico y poder seguir los movimientos que explican los cambios semánticos. Al tratarse siempre de metáforas, el historiador alemán advierte:

Nuestra perspectiva histórico-conceptual no nos debería inducir a ver el entrelazamiento lingüístico de sincronía y diacronía una explicación suficiente. Debe hacerse referencia a

la metafórica para aclarar la distancia existente entre la plasmación lingüística, la realidad histórica y el análisis histórico-sociológico. La metafórica se intercala necesariamente para posibilitar la transición desde la experiencia histórica a la interpretación científica (Koselleck, 2012, p. 166).

A partir del análisis semántico-pragmático de este y muchos otros conceptos modernos, el autor de *Futuro pasado* revela tanto su irremplazabilidad a la hora de comprender la comunidad política y lingüística en la que se integran, como la estructura temporal interna que poseen, indiciaria de que bajo la conciencia moderna hay implícita una determinada concepción del tiempo caracterizada por la sobredimensión del horizonte de expectativas respecto del espacio de experiencias:

mi tesis es que en la época moderna va aumentando progresivamente la diferencia entre experiencia y expectativa, o, más exactamente, que solo se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas» (Koselleck, 1993, p. 343).

Las historias de los conceptos llevadas a cabo por Koselleck no solo constituyen, por tanto, una herramienta propedéutica para una teoría científica de la historia; también son, en sí mismas, una narración del mundo moderno como la emergencia de un tiempo nuevo donde el futuro se emancipó de su pasado desencadenando una temporalidad acelerada nunca vista. Al revelar la forma del tiempo histórico propia de la modernidad a través de la reconstrucción de su aprehensión conceptual, la historia conceptual pone al descubierto que la semántica histórica depende de una especie de semántica trascendental que determina la comprensión del tiempo desde la que uno vive. Por ello el fin último de la empresa koselleckiana es revelar la relación que mantienen el tiempo y la historia.

Tal relación, según Koselleck, viene determinada por la diferenciación sociohistórica entre pasado y futuro. Es decir, la concepción del tiempo imperante en cada época depende fundamentalmente de cómo se articulen su espacio de experiencia y horizonte de expectativa. Si bien es cierto que esta se modifica en el transcurso de las generaciones históricas y determina la manera en la que el ser humano se organiza social y políticamente, su alcance trasciende las particularidades históricas y sociológicas y apunta hacia una dimensión antropológica inherente a toda conceptualización y todo acto lingüístico. «Espacio de experiencia» [*Erfahrungsraum*] y «horizonte de expectativa» [*Erwartungshorizont*], por tanto, son dos expresiones que no se investigan como conceptos del lenguaje de las fuentes, sino que constituyen categorías formales o trascendentales del conocimiento, polarmente tensas, pero codependientes, que remiten a un dato antropológico. No se trata, pues, de simples conceptos contrarios, «sino que indican, más bien, modos de ser desiguales de cuya tensión se puede deducir algo así como el tiempo histórico» (Koselleck, 1993, p. 340). Aunque en el campo de la investigación empírica «dirigen las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político» (Koselleck, 1993, p. 337), en tanto que determinaciones formales remiten a la temporalidad del hombre y, metahistóricamente, a la temporalidad de la historia:

La aplicación histórica de nuestras dos categorías metahistóricas nos proporcionó una clave para reconocer el tiempo histórico, especialmente el nacimiento de lo que se ha llamado modernidad como algo diferenciado de tiempos anteriores. De este modo, ha quedado claro a la vez que nuestra suposición antropológica, esto es, la asimetría entre experiencia y expectativa, era un producto específico del conocimiento de aquella época de transformación brusca en la que esa asimetría se interpretó como progreso. Por supuesto, nuestras categorías ofrecen algo más que un modelo de explicación de la génesis de una historia progresiva que solo

fue conceptualizada como tiempo nuevo (Koselleck, 1993, p. 356).

Para Koselleck, por tanto, es esencial que se entiendan dos cosas: por un lado, que el tiempo concebido como un proceso de perfeccionamiento continuo y creciente abierto hacia un nuevo porvenir, depositado en los conceptos modernos, tuvo su origen en la pinza temporal que va desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XIX. Y por otro, que este se sustenta en la divergencia de la dicotomía básica pasado-futuro, a la que considera fundamento universal de la existencia humana. A parte de la pareja experiencia/expectativa, el historiador alemán reconoció otras determinaciones dicotómicas (amigo/enemigo; padre/hijo; amo/esclavo; privado/público; morir/matar) desde las que poder identificar en la historia condicionamientos inherentes a los agentes que, contra la ilusión de la autodeterminación subjetiva moderna, restituyan la iterabilidad como condición de posibilidad de las historias. Ahora bien, aunque la antropología histórica koselleckiana (*Historik*) tiene un momento de aplicación, a saber, la voluntad de corregir el rumbo acelerado y futurocéntrico de la modernidad alentado por el saber especulativo y las metas universales de la filosofía idealista de la historia (Koselleck, 2004), el propósito último de la *Historik* consiste en dejar constancia de los distintos niveles temporales (o «estratos del tiempo» [*Zeitschichten*]) presentes en toda forma de experiencia histórica (Koselleck, 2001, p. 35). A lo que aspira, por tanto, es a poner de manifiesto que el conjunto de acciones experimentadas como sucesiones únicas de acontecimientos no serían posibles sin las estructuras de repetición y procesos de larga duración. Las relaciones entre la unicidad de los acontecimientos y las estructuras de repetición, no obstante, están determinadas por la finitud humana, esto es, habrán de relacionarse con las condiciones a priori de la inteligibilidad histórica que remiten al plano de las determinaciones antropológicas.

Experiencia-expectativa, pasado-futuro, recuerdo-esperanza: la vida humana transcurre entre dos dimensiones temporales inasibles y asimétricas en equilibrio inestable que, dependiendo de las diversas funciones y jerarquías que les son atribuidas, determinan la manera en la que se experimenta socialmente la temporalidad. Esto significa que, si bien siempre hubo acontecimientos que fueron esperados por generaciones de seres humanos, no siempre existió la capacidad de proyectarse socialmente en un futuro en el sentido moderno, «como espacio temporal vacío que cabía llenar con los acontecimientos y las representaciones mentales que se creyera oportuno» (Hölscher, 2014, p. 38) en función de una racionalidad histórica universal a la cual debía someterse la realidad diaria y la suma de experiencias. Aunque esa direccionalidad a la hora de interpretar los acontecimientos como un todo relacionado ha llegado a parecernos algo natural, el estallido de la Primera Guerra Mundial, acto inaugural del denominado corto siglo XX, puso de manifiesto que la idea de un tiempo homogéneo en el que se acabarían asentando todos los hechos históricos no es ninguna constante antropológica.

¿Acaso puede hoy entenderse el progreso como un órgano suprapersonal que ejecuta las acciones y alude a una inclinación hacia algo mejor? ¿Continuamos si quiera concibiendo la historia como un metaconcepto de vocación universalista donde subsumir la totalidad de la experiencia? ¿Sigue nuestra noción de revolución refiriéndose a un proceso de emancipación colectiva conducente a la perfectibilidad del ser humano? Parece evidente que muchos conceptos políticos y sociales nacidos o transformados en su sentido moderno hace doscientos años han agotado su capacidad de generar expectativas y ya no son capaces de dar cuenta de las nuevas realidades de comienzos del siglo XXI. Entonces, ¿es la *Begriffsgeschichte* aplicable fuera de los límites temporales de 1750 y 1850? ¿Son las herramientas metodológicas de la historia conceptual útiles para excavar los sedimentos lingüísticos de las experiencias y expectativas del siglo XX? ¿Por

qué Koselleck no llegó ni siquiera a plantear esta idea y asumió que las variaciones conceptuales acaecidas durante la *Sattelzeit* son las que llegan hasta nuestros días? (Koselleck, 2009, p. 94). Si bien es cierto tanto que el proyecto del léxico cuenta con algunos conceptos cuya historia llega al siglo XX – en uno de los últimos volúmenes, por ejemplo, aparecen publicados conceptos como *Volk* o *Nation*, a propósito de los cuales Koselleck escribe alrededor de cincuenta páginas sobre el siglo XX – como que en sus últimos años, centrado en el estudio de los fenómenos extralingüísticos como motivo de cambio histórico, se interesó en el siglo XX a través del análisis de los monumentos o de la iconografía de la muerte (Oncina Coves, 2009), Koselleck no se pronunció acerca de la posibilidad de que el siglo XX constituya, él mismo, una transformación no menos drástica que la acaecida en la *Sattelzeit*. Puede sorprender que, siendo el creador de una suerte de subdisciplina fundamentada en la autoreflexión sobre el tiempo histórico que subyace a la práctica de la historiografía, no se adentrara en la cuestión de la *historische Schwelle* que la ciencia histórica parece haber experimentado en el *trágico siglo XX*. Pero lo cierto es que, movido por el esfuerzo de comprender la relación entre la época ilustrada y el horror de las experiencias políticas del siglo XX, Koselleck estableció como su principal campo de estudio el lenguaje conceptual de finales del siglo XVIII y principios del XIX, sin cuestionarse si las estructuras semánticas que conformaron el mundo moderno seguían funcionando en el siglo XX (Koselleck, 2009, p. 94). Justamente contra esta tesis, el historiador Christian Geulen (2010) sostiene que ni los conceptos nacidos en la *Sattelzeit* son ya comprensibles sin traducción, ni los procesos de creación de conceptos son hoy los mismos. ¿Cabe, entonces, realizar una historia conceptual del siglo XX? ¿Cómo puede llevarse a cabo?

2. La nueva *Sattelzeit* y el concepto de trauma

Geulen parte de la tesis de que a la *Sattelzeit* acontecida entre 1750 y 1850 le siguió una segunda transformación no menos

radical entre finales del siglo XIX y la década de 1970 que marcó el comienzo de nuestra era actual. Los conceptos fundamentales del pensamiento histórico-político en la Alemania del siglo XX, por tanto, ya no podrán reconocerse aplicando los criterios teorizados por Koselleck para identificar los procesos que estructuraron el espacio incipiente de la modernidad en su aspecto conceptual. Por ello, en analogía con los cuatro criterios elaborados por Koselleck para el *Geschichtliche Grundbegriffe*, — democratización, ideologización, politización y temporalización —, Geulen propone cuatro nuevas hipótesis para guiar la investigación de una nueva gramática temporal característica del siglo XX (cf. 2010).

La primera de las hipótesis sería la cientifización [*Verwissenschaftlichung*], expresión que señala la expansión del uso de conceptos de procedencia científica, con la preeminencia del darwinismo y el psicoanálisis, en las ciencias sociales y políticas. Así como la cientifización de lo social fue una clave fundamental a finales del XIX y principios del XX, sugiere Geulen, parece que hoy lo que prima es una «socialización de la ciencia». El segundo proceso al que alude es la popularización [*Popularisierung*] de los conceptos fundamentales, propiciada principalmente por los medios de comunicación de masas. Los avances en las tecnologías de la información entre finales del siglo XIX y las últimas décadas del siglo XX han propiciado la aparición de nuevos conceptos fundamentales, así como la adquisición de nuevas cualidades para viejos conceptos. Un ejemplo de esto, según Geulen, sería la transformación que ha experimentado el concepto «medioambiente» [*Umwelt*] a propósito de la popularización. Si hasta entonces se refería al hábitat natural de una especie en el marco de la ecología, a partir de 1960 alude a la naturaleza — no humana — en peligro por la acción humana y se convierte en un concepto con una validez casi universal para la autocomprensión moderna que ha cambiado la estructura

político-partidista de la mayoría de los estados occidentales y conducido a la implantación de una amplia variedad de estilos de vida sujetos a programas ético ambientales.

En tercer lugar, Geulen sugiere que en el siglo XX la espacialización [*Verräumlichung*] parece haber reemplazado a la temporalización característica de los conceptos modernos. El aumento masivo de comunicación e información en circulación a través de nuevas vías comunicativas — la realidad virtual —, las migraciones masivas, las innovaciones en tecnología de transportes; el afianzamiento de un mercado mundial y de una economía globalizada. Todo ello ha contribuido a la consolidación espacial del mundo, perceptible en nuevas estructuras espaciales obtenidas por algunos conceptos (Estado, Nación, Cultura). Incluso conceptos que continuaron siendo utilizados como partes de un proceso se fueron concretando en una comparación geográfica entre los casos avanzados y los restantes (modernización, europeización, democratización). Atal espacialización de las visiones abstractas de futuro ilustrada contribuyeron, según Geulen, los sistemas totalitarios del siglo XX. Los regímenes socialistas tradujeron la tesis histórico-filosófica de la lucha de clases en una máxima política de acción contra los enemigos de clase. De manera similar, el nacionalsocialismo convirtió el horizonte de expectativas del concepto darwiniano de evolución en el dramatismo y la barbarie de los campos de concentración y exterminio.

Por último, Geulen apunta a la volatilización o desintegración [*Verflüssigung*] para describir el proceso por el que muchos conceptos empleados en el lenguaje socio-político, sobre todo desde mediados del siglo XX, se han vuelto tan generales que se disocian de su génesis concreta o de su contexto referencial para penetrar gran parte de las esferas sociales. A través de transferencias frecuentes entre distintos dominios o incluso naciones, el significado de los conceptos se vuelve más inestable y discutible. La pérdida de su sentido semántico específico, sin embargo, no ha de entenderse en los mismos términos en los que Koselleck explicaba la formación de los singulares

colectivos de la modernidad, cuyo mayor grado de abstracción les permitía ideologizarse y ser empleados en la lucha política, esto es, politizarse. Más bien al contrario. Esta volatilización de los *Grundbegriffe* aparecidos en el transcurso del siglo XX, implica la pérdida de su carácter controvertido y, en realidad, es reflejo de la disolución de las luchas políticas e ideológicas del siglo XX.

Con todo ello, Geulen pretende poner de manifiesto la irrelevancia que el enfoque heurístico elaborado por Koselleck tendría para investigar la dinámica del cambio conceptual del siglo XX. Tal conclusión, así como las hipótesis alternativas que constituyen su propuesta, han generado un intenso debate en el mundo académico a propósito de la elaboración de un proyecto teórico para una historia conceptual del siglo XX. A pesar de que no se ha alcanzado ningún consenso y de que las hipótesis de Geulen han sido severamente criticadas (Hoffman, Kollmeier, 2012), todos ellos coinciden en que una historia conceptual del siglo XX no persigue simplemente constatar un cambio gradual en la semántica de los conceptos históricos modernos, ni diagnosticar el surgimiento de otros nuevos. Se trata de mostrar que el cambio en la estructura semántica de los conceptos del siglo XX indica un cambio en la relación entre nuestro espacio de experiencia y nuestro horizonte de expectativa. Mirar a los *Grundbegriffe* de cualquier período de tiempo permite observar movimientos semánticos en cuyas estructuras se pueden identificar las condiciones desde las que se conforma la conciencia social de la temporalidad.

Lejos de trascender el presente con proyectos ilusionantes, hoy el futuro es más bien representado en términos de catástrofe. Las grandes innovaciones técnicas, que sobrepasan sin duda nuestra capacidad de control y previsión, ya no vienen acompañadas de promesas de emancipación colectiva. Abolidas por el neoliberalismo, las utopías del siglo veinte han perdido su potencial diacrónico para pasar a convertirse en objetivos concretos de una agenda individual de consumo inagotable de mercancías (Traverso, 2019, p. 33). Esta sincronización y

privatización de la expectativa supone una desecación de la imaginación política que mueve a mirar al pasado. Las experiencias de un horror sin precedentes condensadas en el siglo XX no pueden ser aprehendidas por los conceptos históricos fundamentales de la modernidad. Los fenómenos del totalitarismo y los genocidios conllevan una nueva semántica del tiempo histórico (Rabinbach, 2009), es decir, apelan a una nueva forma de temporalidad cuyos síntomas son más bien el estancamiento y la distopía, y cuyos conceptos fundamentales — medioambiente, información, conocimiento, medios, según Geulen, pero también duelo, culpa, memoria o catástrofe — no apuntan a la planificación utópica del futuro, sino la descripción de un presente extendido en el espacio y el tiempo. ¿Es trauma uno de ellos?

Desde luego, desde que se desatara la fiebre memorialista a finales del siglo pasado, trauma se ha convertido en un concepto crucial en el pensamiento posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pero el cambio semántico sustancial que dio origen a su historia intelectual se remonta a mediados del siglo XIX. Hasta finales del siglo XIX «trauma» se empleaba en términos meramente quirúrgicos para designar un daño somático en el organismo provocado por un accidente o una acción mecánica. Sin embargo, alrededor de 1880 el término eleva su estatuto de categoría médica a concepto psíquico a partir, sobre todo, de las aportaciones freudianas al debate psiquiátrico de finales del siglo XIX. Si bien la psicologización de esta noción ya se estaba produciendo en el contexto epistémico y social en el que Freud inserta su investigación científica (debido sobre todo al estudio del impacto de las emociones en el comportamiento humano y otros fenómenos sociohistóricos como los accidentes ferroviarios), es el psicoanálisis freudiano el que, a partir de tal término, genera un nuevo concepto que trastoca por completo los elementos semánticos del primero, y en el cual se sustenta todo su edificio teórico. Al menos inicialmente, cuando la empresa freudiana se define por ser una teoría del trauma psíquico.

Como puede leerse en las obras preliminares del psicoanálisis, anteriores a la aparición de la *Interpretación de los sueños* (1900) lo traumático para este Freud consiste en el recuerdo de una experiencia sexual precoz con excitación real de las partes genitales producida en el período de la infancia que al emerger en edad madura es reprimido y aislado de la memoria. En la época en que se producen, estas experiencias no despliegan su efecto. Pero mucho más sustantivo, apunta Freud, «es su efecto retardado (*Nachtraglich*), que solo puede sobrevenir en períodos posteriores de la maduración» (Freud, 1898, p. 273). Tal recuerdo infantil, que hasta entonces había permanecido carente de sentido, es activado por alguna experiencia presente analogable, de algún modo, a la escena recordada, adquiriendo entonces una resignificación sexual. Esto hace que el sujeto lo experimente como si se tratase de un suceso nuevo e inasimilable, provocando entonces su rechazo en la conciencia actuando a la manera de un *cuerpo extraño*, fuente de la sintomatología neurótica.

No obstante, en 1897 Freud ya no estaba tan seguro de que los síntomas ocurrieran a raíz de un trauma sexual efectivamente acontecido y renunció al marco explicativo de la teoría traumática como génesis del síntoma. De 1905 a 1915, en textos como *Tres ensayos para una teoría sexual* y *Pulsiones y destinos de pulsión*, Freud transitará desde su teoría de la histeria explicada por un trauma sexual infantil, hasta la interpretación de la fantasía y los recuerdos encubridores como síntomas de motivación erótica, manifestaciones de una realidad psíquica inconsciente arraigada en la historia subjetiva desde la infancia. El trauma deja en ese proceso de ser un suceso, algo que pueda acontecer en la realidad material externa, y se presenta como algo inherente a estructura subjetiva que da la lógica al modo particular de cómo se da respuestas un sujeto sin tener consciencia de ello. A pesar de estas modificaciones en las que el alcance etiológico del trauma va disminuyendo en favor tanto de la sexualidad infantil como de la función subjetiva de la vida fantasmática y de las fijaciones

a las diversas fases libidinales, la concepción de la temporalidad *nachträglich* y el trauma como *cuerpo extraño* se mantuvo aquí vigente, pues la realidad psíquica tiene para el sujeto la misma operatividad que la externa.

En los años veinte la cuestión del trauma será de nuevo abordada por Freud. La controversia acerca de los postulados etiológicos de la sintomatología propia de los neuróticos de guerra, así como la reformulación de la cuestión del narcisismo, llevaron a la incorporación de sustanciales cambios teóricos relativos a los supuestos tópicos y pulsionales, como son la introducción de la *pulsión de muerte* y la división tripartita del psiquismo en ello, yo y superyó. A la luz de los mismos, y tal y como puede leerse en su controvertida *Más allá del principio de placer*, Freud define el trauma como el efecto de una excitación que, por su intensidad, rompe los dispositivos de protección del aparato anímico imposibilitando la trama representacional de la psique. El concepto de trauma ya no va a referir, pues, a ninguna representación inasumible para el sujeto, sino que apunta directamente a la exigencia pulsional misma, además de que queda en estrecha conexión con la angustia entendida como señal. Tal cambio de paradigma le forzó a abandonar el modelo de la representación y a sustituirlo por el de la moción, cuya representación sintomática más reveladora es la compulsión a la repetición.

Llamemos traumáticas a aquellas excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo. Creo que el concepto de trauma pide esa referencia a un apartamiento de los estímulos que de ordinario resulta eficaz. Un suceso como el trauma externo provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme en la economía (*Betrieb*) energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa. Pero en un primer momento el principio de placer quedará abolido. Ya no podrá impedirse que el aparato anímico resulte anegado por grandes volúmenes de estímulo, la tarea planteada es más bien esta otra: dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que

penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación (Freud, 1920, p. 29).

La elaboración freudiana del trauma en *Más allá del principio de placer* como desborde psicoafectivo con consecuencias sintomáticas ha sido decisiva para la formulación de la categoría diagnóstica «Trastorno de Estrés Postraumático» (TEPT), aparecida por vez primera en la tercera edición del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (conocido como DSM-III) y que ha unido a psicoanalistas, psicólogos cognitivos y neurobiólogos. Según el DSM-III-R, el trastorno de estrés postraumático describiría la experiencia de un evento extraordinario que constituye la causa, necesaria y suficiente, de los síntomas y su persistencia prolongada, consistentes estos últimos en la aparición posterior e incontrolada de alucinaciones y otros fenómenos intrusivos en los que se repite la experiencia. Esta concepción del trauma como aquello que, al no poder ser simbolizado, regresa de manera literal, es aceptada por algunas de las máximas exponentes de los estudios sobre el trauma freudiano, como es el caso de Cathy Caruth.

Sin embargo, habremos de coincidir con Ruth Leys en que el TSPS no puede ser análogo a lo que Freud entendió por trauma. Pues, aunque Freud sugiere dos modelos de trauma que posiblemente no llegó a integrar, para este «el trauma no se presenta a sí mismo como una verdad literal o material, como exige la teoría de Caruth, sino como una verdad histórica» (Leys, 2011, p. 331), cuyo significado refiere a sustituciones, desplazamientos y falsificaciones que se sobreponen mediante la *Nachträglichkeit*, y cuyo significado se tiene que reconstruir e interpretar, atendiendo también a la mediación autobiográfica y subjetiva que opera en el impacto del acontecimiento. Es decir, a pesar de que hay en Freud dos conceptualizaciones distintas de trauma, determinadas características de tal noción permanecen inalterables a lo largo de su obra. Por un lado, un trauma siempre es algo fundamentalmente interno. Incluso

cuando Freud está comprometido con la teoría de la seducción, el trauma nunca es producto directo de una causa externa, sino que obtiene su fuerza de los procesos psíquicos internos. Más que la exactitud del hecho, lo que cobra valor psíquico es en todos los casos la significación que toma para el sujeto. Por otro lado: lo traumático siempre depende de la combinación de una diacronía sustentada en huellas pretéritas de la infancia que generan las condiciones de posibilidad de la enfermedad, y una sincronía — a la que denominamos estructura — que opera en la producción de lo traumático. Esto significa que hay una relación viva e interactiva entre el presente y el pasado que cual obliga constantemente a cambiar la opinión sobre este último y la conciencia de aquel.

Es cualquier caso, el término TSPT, creado por la Asociación Estadounidense de Psiquiatría tras la guerra de Vietnam, se ha instalado en la nomenclatura psiquiátrica y ha ido dando origen a una superabundancia de estudios sobre este trastorno. El punto culminante de su prodigalidad, no obstante, llegó en los años ochenta con el estudio de las consecuencias psíquicas del crimen nacionalsocialista, el llamado «síndrome del superviviente», cuyo alcance se ha extendido desde la experiencia de los supervivientes hasta la de las víctimas indirectas de las acciones genocidas del siglo XX que, pese a no haber vivido el acontecimiento traumático, quedaron igualmente devastadas por la inmensidad de la pérdida (Hirsch, 2015). Desde entonces, el concepto de trauma trasciende las ciencias de la salud para integrarse en las ciencias sociales y humanas, especialmente en la historiografía, la literatura, la antropología y los estudios culturales de la memoria social y colectiva. La generalización de tal noción en la producción intelectual y académica ha llegado a tal punto que podemos decir que el trauma social se ha establecido como un campo de estudio propio (Ortega, 2011) en el que convergen una multitud de disciplinas, y que ha dado lugar a una profunda reflexión interdisciplinar sobre las relaciones entre la memoria,

la historia y su representación (LaCapra, 2005; Caruth, 1995; Leys, 2003; Assmann, 2016).

En relación al análisis histórico, el concepto se emplea como analogía metodológica para analizar determinados fenómenos históricos y políticos, sucesos tan devastadores para los miembros de una comunidad que marcan fuertemente su memoria llegando a transformar su identidad cultural. Esta idea, recogida bajo el concepto trauma histórico, fue ya planteada por Freud en *Moisés y la religión monoteísta* (Freud, 1939) al hacer referencia al trauma recurrente en la historia del pueblo judío. Según su hipótesis, en lugar de un niño hebreo salvado del Nilo, Moisés fue un egipcio de alta cuna que, tras abandonar su tierra, escogió al pueblo judío y trató de realizar sus ideales en este: consagró a sus seguidores con el signo de la circuncisión, les dio leyes y los inició en las doctrinas de la religión de Atón que los egipcios acababan de rechazar. Pero tras el período posterior a 1350 a.C., cuando tuvo lugar el éxodo de Egipto, los judíos se sublevaron contra Moisés y lo mataron. Retornados de Egipto, se unieron a otros pueblos estrechamente emparentados con ellos en una comarca Palestina y allí adoptaron la adoración por el dios Yahvé. Con el tiempo, este dios perdió sus características propias y cobró cada vez mayor semejanza con el antiguo dios de Moisés. Esto es, tras la apostasía de la religión de Moisés, se dio un largo período en el que no se detecta nada de la idea monoteísta o la intensificación de lo ético. En este tiempo en que se omite el origen del pueblo judío y las circunstancias de su surgimiento, la historia de Moisés y su asesinato pervive en la tradición del pueblo de forma latente. Paulatinamente, esta tradición va adquiriendo cada vez más poder, consiguiendo finalmente transformar al dios Yahvé en el dios mosaico.

En los momentos más catastróficos de su vida, en los que la cultura europea asistía a su propia autodestrucción con el ascenso del nazismo, Freud se pregunta en cómo, a pesar de su erradicación, una cultura puede seguir transmitiéndose. Se sirve entonces de un compendio de su teoría del trauma y de la idea

de los dos tiempos de la temporalidad del mismo para plantear la posibilidad de que dos tiempos pertenecientes a generaciones distintas puedan unirse a través de un trauma compartido por todos los miembros del grupo. Con ello, inauguraba también una imagen del tiempo histórico, pues pone de relieve la existencia de un presente en el que coinciden la conciencia individual y la memoria del grupo. Cuarenta años después de la aparición de esta obra, la noción de trauma ha sido integrada en los estudios dedicados a la historia del pasado reciente y a la memoria social para referirse a los efectos colectivos de algunas experiencias históricas acontecidas en el llamado trágico sigloXX — las dos guerras mundiales, la Shoah, los genocidios armenio, ruandés o camboyano, la violencia estalinista o las dictaduras militares del Cono Sur —. En torno a la traslación del trauma desde la clínica hasta la semántica histórica se han desatado toda una serie de debates que incluyen la cuestión del estatuto ontológico de tal entidad y la posibilidad de su representación, la problemática asociada a la legitimidad epistémica de la traslación de conceptos de la psicología del individuo al ámbito social, o los problemas éticos que el uso de trauma puede implicar en algunos casos al patologizar el sufrimiento de quien no es víctima sino perpetrador.

Sin embargo, lo que nos interesa aquí de la mencionada aplicación del trauma a las reconstrucciones historiográficas contemporáneas es que permite explorar un nuevo modo de articular pasado, presente y futuro nueva relación entre las nociones metahistóricas ofrecidas por Koselleck, espacio de experiencia y horizonte de expectativa. El tiempo futurocéntrico y revolucionario de la modernidad, que desde 1789 hasta 1989 llegó a confundirse con el tiempo en sí mismo, ha empezado a ceder terreno al punto de vista presentista (Hartog, 2007). Desde el último tercio del siglo XX, la primacía de la esperanza se ha visto sustituida por la omnipresencia de un presente masivo y asfixiante supeditado a las exigencias cada vez mayores de una sociedad de consumo, donde la constante y precipitada proliferación de nuevos artefactos vuelve obsoletos,

cada vez más rápido, a las personas y objetos. Las nuevas tecnologías han provocado que todo pueda ser consumido en el mismo momento en el que ocurre. Al no haber más horizonte que el presente, lo contemporáneo exige ser considerado como histórico desde que acontece, a la par que el porvenir se constata como algo incierto y problemático incapaz de construir utopías futurocéntrica. El presente se ha convertido en el único horizonte de quienes, confinados en la inactividad y la paralización, viven en un tiempo que parece estar suspendido.

Todo sucede como si ya no hubiera más que presente, una especie de vasta extensión de agua agitada por un incesante chapoteo. ¿Cabe entonces hablar de fin o de la salida de los tiempos modernos, es decir, de esta estructura temporal o del régimen moderno de historicidad? Todavía es pronto para saberlo. Podemos hablar de crisis, por supuesto. Este momento y esta experiencia contemporánea del tiempo constituyen lo que yo designo con el nombre de presentismo (Hartog, 2007, p. 140).

Si bien en *Regímenes de historicidad* Hartog no determina si la configuración temporal actual supone la conformación de un nuevo régimen de historicidad o si se trata de un cambio interno al propio régimen moderno, ni aclara si este régimen presentista es por defecto (algo provisorio causado por la pérdida de un futuro abierto) o pleno, es decir, que constituye una nueva relación con el tiempo que destinada a durar, en una entrevista concedida en 2014 señala:

hoy yo tendería a pensar que es lo segundo, es una nueva relación destinada a marcar época. Lo que implica replantearnos por completo nuestra manera de articular pasado-presente-futuro. Porque estamos en un momento en que en un sentido el pasado ha desaparecido, pero igualmente el futuro (Hartog, 2014).

En lugar de dirigirnos hacia él lo más rápido posible, se trataría de impedir que llegue, sumergiéndonos en un tiempo acelerado que no se deja condensar en la metáfora moderna de la flecha, ni tampoco en la imagen premoderna del círculo, sino que su traducción simbólica se reflejaría más bien en el punto como expresión de un ahora absoluto.

Desde los años ochenta la historia deja de hacerse en nombre del porvenir y la memoria, especialmente aquella asociada a eventos traumáticos, comienza a ser reivindicada como una significativa potencia intelectual en lo que refiere tanto a su alcance epistémico — asistimos a su rehabilitación como fuente fiable —, como político — la memoria como reivindicación identitaria de colectivos — y moral — la reminiscencia de las generaciones venideras se establece como un deber cívico —. Si la cultura de la modernidad tenía la perspectiva de los futuros presentes, la de la posmodernidad se ha vertido hacia los pretéritos presentes. ¿Pero cómo se explica que en un régimen donde prevalece el presente sobre las otras dimensiones temporales se registre esa obsesión memorialista? Para François Hartog, las constantes y numerosas referencias al pasado no son sino un efecto del predominio del régimen presentista. Vivimos en una era altamente preocupada por la preservación — ya del medio ambiente, de formas de vida o de archivos públicos y privados de todo tipo —. Este culto al pasado, que coexiste con la transitoriedad, la precariedad y la fugacidad del ritmo acelerado de la vida social, respondería a una búsqueda identitaria capaz de afianzar el sentido de pertenencia a algún grupo o comunidad. Los períodos de crisis llevan a reinterpretar la memoria y cuestionar la propia identidad. Por ello, una de las palabras clave del presentismo es memoria, pero una memoria que ya no prepara para el futuro, sino una restringida al acontecimiento que supone la idea de que el pasado existe mediante su germinación en el presente. Así, del mismo modo que la aprehensión conceptual de la época ilustrada indica una temporalidad progresista y futurocéntrica,

en los conceptos paradigmáticos de las sociedades contemporáneas — como el de memoria y el de su concepto satélite, trauma — queda plasmada la experiencia colectiva de un tiempo que sobrecarga de pasado la conciencia, presentándose como un presente sin puertas al futuro. Acompañado de un pasado que no acaba de pasar, un futuro cuasi clausurado indica la existencia de una nueva experiencia temporal.

El estudio de acontecimientos traumáticos y sus memorias presenta hoy serias dificultades a los presupuestos epistemológicos de la historiografía académica. No solo por los peligros que esta categoría entraña en tanto que facultad falible o en algunos casos incluso ficcionable, sino porque la irrupción de estas memorias y el imperativo de su recuerdo hace que la historia no pueda representarse como una reconstrucción objetiva universal, sino como una pluralidad de historias diversas sin llegar a alcanzar un ensamblaje total. El concepto la historia concebido en la Europa del siglo XVIII está siendo desafiado por una profusión de historias particulares que, además, con el auge del multiculturalismo y la pluralidad de grupos diferenciados y la reivindicación de sus respectivas historias —estudios de género, estudios poscoloniales, etc.—, podrían llegar a propiciar la fragmentación definitiva del concepto englobante de historia. Esta nueva historia, asociada al concepto de trauma, es multidimensional en lugar de lineal y temporalmente recursiva en lugar de cronológica.

Bibliografía

- Aristóteles (1988), *Política*, Gredos, Madrid.
- Assmann, A. (2016), *Shadows of Trauma: Memory and the Politics of Postwar Identity*, Fordham University Press, New York.

- Caruth, C. (1995), *Trauma. Explorations in Memory*, John Hopkins University Press, Baltimore/London.
- Freud, S. (1898), *La sexualidad en la etiología de las neurosis*, en Id. (2012), vol. III, pp. 251-276.
- Id. (1920), *Más allá del principio del placer*, en Id. (2012), voll. XVIII, pp. 1-62.
- Id. (1939), *Moisés y la religión monoteísta*, en Id. (2012), vol. XXIII, pp. 1-132.
- Id. (2012), *Obras Completas*, 24 tomos, Amorrortu, Buenos Aires.
- Geulen, C. (2010), *Plädoyer für eine Geschichte der Grundbegriffe des 20. Jahrhunderts*, en *Zeithistorische Forschungen* 7, n° 1, pp. 79-97.
- Hartog, F. (2007), *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, Universidad Iberoamericana, México.
- Hartog, R. (2014), *Entrevista concedida a Pablo Aravena Núñez. «François Hartog: la historia en un tiempo catastrófico»*, en *Cuadernos de Historia*, 41, Santiago diciembre.
- Hirsch, M. (2015), *La generación de la posmemoria. Escritura y culturavisual después del Holocausto*, Carpe Noctem, Madrid.
- Hoffmann, S.L., Kollmeier, K. (2012), *Introduction: Geschichtliche Grundbegriffe Reloaded? "Writing the Conceptual History of the Twentieth Century"*, en *Contributions to the History of Concepts* Vol. 7, n° 2, pp. 79-86.
- Hölscher, L. (2014), *El descubrimiento del futuro*, Siglo XXI, Madrid.
- Koselleck, R. (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona.
- Id. (2001), *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona.
- Id. (2004), *historia/Historia*, Trotta, Madrid.

- Id. (2009), *Introducción al Diccionario histórico de conceptos político sociales básicos en lengua alemana*, en *Anthropos*, nº 223, pp. 92-105.
- Id. (2012), *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Trotta, Madrid.
- LaCapra, D. (2005), *Escribir la historia, escribir el trauma*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Leys, R. (2003), *Trauma. A Genealogy*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Id. (2011), *El pathos de lo literal: el trauma y la crisis de la representación*, en Ortega (ed.) (2011).
- Olsen, N. (2012), *History in plural, An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck*, Berghahn Books, New York/Oxford.
- Oncina Coves, F. (2009), *Historia conceptual, Ilustración y modernidad*, Anthropos Editorial, Barcelona.
- Ortega, F.A. (2011), *El trauma social como campo de estudios*, en Ortega (ed.) (2011), pp. 17-59.
- Id. (ed.) (2011), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*, Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios Sociales, Bogotá.
- Palti, E. (2011), *Reinhart Koselleck. His Concept of the Concept and Neo-Kantianism*, en *Contributions to the History of Concepts*, nº 6, 2, Winter, pp.1-20.
- Rabinbach, A. (2009), *Begriffe aus dem Kalten Krieg: Totalitarismus, Antifaschismus, Genozid*, Wallstein, Göttingen.
- Traverso, E. (2019), *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Abstract

Trauma, a Fundamental Historical Concept of the Twentieth Century

In recent decades, the concept of trauma enjoys full relevance, nurturing the political and academic debate, as well as numerous literary texts. However, the objective of our research will be limited to studying the translation of the concept from the psychic field to historical semantics from, primarily, a Koselleckian historical-conceptual perspective. That is, our intention is to verify that the substantial and gradual change in the semantic structure of the concept of trauma, from the end of the nineteenth century until the last half of the twentieth century, is not merely a lexicographic issue, but rather channels the collective experiences of contemporary temporality, pointing to a historical change in the relationship that contemporary expectations and experience maintain.

Keywords: Sattelzeit; Koselleck; Trauma; Freud; Rethinking Conceptual History.